

## CAPÍTULO XIV

### *Infructuosa sorpresa de Drépana.*

Llegada y divulgada en Roma la nueva de que la mayor parte de la armada había perecido, o en la defensa de las máquinas, o en lo demás del asedio, sin dilación se alistó gente, se reunió hasta diez mil hombres, y se enviaron a Sicilia. Pasado que hubieron éstos el estrecho, y llegado a pie hasta los reales, el cónsul P. Claudio congrega los tribunos, y les comunica: «Ahora es la ocasión de que toda la armada marche a Drépana. Adérbal, capitán de los cartagineses y gobernador de esta plaza (año -250), está desapercibido de lo que le va a suceder. Ignora la llegada de este refuerzo, y vive persuadido de que es imposible a los romanos poner en el mar una escuadra, después de haber muerto tanta gente en el asedio». Aprobado fácilmente el pensamiento, embarca prontamente los remeros que antes tenía con los que le acababan de llegar, y elige de todo el ejército los mejores soldados que voluntariamente se ofrecieron, por ser corta la navegación y parecerles cierto el despojo. Realizado esto, se hace a la vela a medianoche, sin que los enemigos se aperciban. Primeramente navegó con toda la escuadra unida, manteniendo la tierra a la derecha. Al amanecer se dejó ver la vanguardia

delante de Drépana, cuya vista sorprendió por el pronto a Adérbal por lo increíble; pero vuelto en sí rápidamente, y asegurado de que era la armada enemiga, resolvió aventurarlo y sufrirlo todo antes que cercado padecer un sitio que tenía por seguro. Para lo cual junta al punto su marinería sobre la costa, convoca los mercenarios de la ciudad a voz de pregonero y, congregados, les presenta brevemente la esperanza de la victoria, si aventuran una batalla naval; y las incomodidades de un asedio, si son indolentes a la vista del peligro. Fácilmente se inclinaron todos al combate, y clamaron que sin tardanza se les llevase al enemigo. Él entonces aplaude, y aprovechándose de este deseo manda al instante que se embarquen y sigan sin perder de vista su navío por la popa. Comunicadas sobre la marcha estas órdenes, se hace a la mar el primero, y se sitúa bajo unas rocas al lado opuesto del puerto, por donde penetraban los enemigos.

Claudio, sorprendido de ver que el cartaginés, lejos de ceder como esperaba, y atemorizarle su llegada, se disponía al combate, y que sus navíos, unos estaban ya dentro del puerto, otros a la boca misma, y los restantes iban a entrar, ordena que, hecho un cuarto de conversión, todos retrocedan. Dicha maniobra causó una gran confusión en las tripulaciones, no sólo por chocar los navíos que estaban dentro con los que iban a entrar, sino también por hacerse unos a otros pedazos los bancos con el mutuo empuje. Sin embargo, al tiempo que iban saliendo, los trierarcos los ordenaban, y hacían que junto a la costa volviesen rápidamente sus proas a los contrarios. El cónsul primeramente navegaba detrás de toda la armada, pero después viró para tomar altura y ocupó el ala izquierda. Durante este tiempo, Adérbal pasa de parte allá del ala izquierda de los romanos con cinco buques de guerra, gira su proa a ellos por el lado del mar y ordena por medio de sus edecanos que ejecuten lo mismo los que venían detrás, situándose siempre al tenor del inmediato. Colocados todos de frente, y dada la señal, avanza la armada al principio en orden hacia los romanos, que, parados junto a tierra, esperaban los navíos que salían del puerto: situación de que les provino pelear con grandes desventajas.

Cuando estuvieron a tiro las escuadras y se puso la señal en los navíos comandantes, se inició el combate. Al principio fue igual el peligro, ya que una y otra habían tomado a bordo las mejores tropas de tierra. Pero iban superando cada vez más el partido de los cartagineses. Eran incalculables las ventajas que tuvieron durante toda la acción. Excedían mucho en la ligereza de los navíos, en la singular construcción de los buques y en la aptitud de los remeros. El sitio mismo contribuía infinito, ya que habían extendido su formación hacia el lado del mar. Si los enemigos cercaban algún buque, su agilidad les facilitaba retirarlo sin peligro por la espalda a lugar espacioso. Si alguno se lanzaba a perseguirlos, lo rodeaban, o atacaban por el flanco; y mientras que la pesadez del buque e impericia del remero imposibilitaban virar a los romanos, los cartagineses le daban continuos choques, con lo que hundían a muchos. Sucedió que un navío cartaginés estaba en peligro; rápidamente se marchaba por detrás de las popas de los demás y se le socorría sin riesgo.

Mas a los romanos les sucedía al contrario. Como peleaban junto a tierra, no tenían acción para retroceder cuando eran oprimidos. Siempre que un navío era atacado de frente, o dando en un banco se encallaba por la popa, o se estrellaba

impelido contra la costa. Navegar por medio de los navíos enemigos, y atacar por la retaguardia a los que ya una vez han venido a las manos, ventaja utilísima en las acciones navales, les estaba prohibido por la pesadez de los buques y poca práctica de los remeros. Socorrer por la popa al necesitado no les era posible, por estar encerrados contra la tierra y haber dejado poco espacio para prestar el debido auxilio. Con tales inconveniencias durante todo el combate, ¿qué de extrañar es que unos quedasen encallados en los bancos y otros se estrellasen? A la vista de esto, el cónsul huyó por la izquierda, tomando la vuelta de la costa, y con él treinta navíos que tuvieron la dicha de estar cerca. Los demás, que alcanzaban el número de noventa y tres, cayeron con sus tripulantes en poder de los cartagineses, salvo algunos soldados que, saltando a tierra, huyeron.